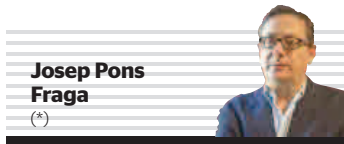


PRESENTACIÓN EN EL ATENEU DE MAÓ

UN LIBRO PARA COMPRENDER LA GUERRA CIVIL DE 1936-39



Josep Pons Fraga
(*)

Un economista metido a investigador, llamado Fernando Calvo González-Regueral, que ha doblado el cabo de los 45 años y se define a sí mismo como «heterodoxo». Este madrileño es el autor de un «libro de libros», que llega hoy a Menorca de la mano de un emprendedor inquieto e intrépido, lector infatigable y con amistada cimentada en los años de la Transición, llamado Jesús Flórez, con amplia trayectoria en la política local y en distintos sectores de la economía menorquina.

Esta sería la presentación corta de quien ha tenido la benedictina paciencia de leer, releer, condensar, interpretar, valorar y sintetizar los textos que se han escrito sobre la contienda que asoló España desde 1936 a 1939, aunque los años de plomo empezaron antes y acabaron después.

Fernando Calvo y su obra, un trabajo riguroso, de excelente factura, que denota el manejo ágil de muchas fuentes, se merecen mucho más.

¿Quién es este economista que define el libro que hoy presentamos como «una humilde antorcha que solo ha querido ser una historia de la Historia de la Guerra Civil»? una antorcha que ilumina, aporta claves y desvela muchas conductas y comportamientos.

Fernando Calvo González-Regueral (Madrid, 1971) es licenciado en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares y ha trabajado en distintos campos profesionales, que abarcan desde los servicios financieros y la formación para trabajadores a la publicidad y los servicios culturales. Es hijo de legionario. Su padre fue oficial de la Octava Bandera, en Larache, durante la época del Protectorado.

◆EN LA LITERATURA, ha sido finalista del Premio FERIA del Libro de Madrid con su poemario «La soledad matemática» y publicó su primera novela en 2009, «Queridísima Elena: desde el frente de batalla». También ha publicado ensayos históricos, entre los que destacan un «Atlas ilustrado de batallas de la Guerra Civil española» y «La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria», que cuenta con tres ediciones.

Con esta obra sobre la historia de la Guerra Civil española, que hoy presentamos en el Ateneu de Mahón, ve culminando un proceso de investigación al que ha dedicado años de trabajo, con entrevistas a protagonistas de los hechos, consultas a archivos y numerosas lecturas de textos relacionados con la materia.

Sostiene Fernando, en la entrevista que publicamos hoy en el diario MENORCA, que «la derecha más reaccionaria de nuestro país sigue manteniendo la tesis de los



años cuarenta y a la izquierda más trabucaire le pasa lo mismo. Deberíamos hacer un esfuerzo para comprender las razones de los otros».

◆ESTE VOLUMEN nos invita a reflexionar y a esforzarnos para comprender los motivos, los hechos y las circunstancias del enfrentamiento que desembocó en la Causa General, custodiada en el Archivo Histórico Nacional, al final de la calle Serrano de Madrid. Allí encontramos el testimonio de las dos Españas más grises, viscerales y virulentas, porque «como advierte el autor en cita acertada de Gregorio Marañón- «ser liberal es estar siempre dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo». Y en 1936 nadie estaba dispuesto a ceder.

Fernando Calvo ha ido tirando hilos y ha tejido una obra espléndida, donde escuchamos las voces -gritos, lamentos, órdenes, opiniones y decisiones- de requetés, falangistas, monárquicos, republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas, sacerdotes, militares, hispanistas, vascos, catalanes... y, por supuesto, historiadores.

Este libro, en su primer borrador, iba a titularse «Vamos a contar mentiras», porque la Guerra Civil española nos había sido explicada de forma engañosa durante décadas. Pero, se pregunta en voz alta: ¿no es la suma de muchas realidades particulares lo que nos puede ayudar a comenzar siquiera a comprender los hechos históricos?, ¿no habrá residido el problema durante todos estos años en el propio lector?, ¿no habrá sido él quien haya preferido ser el engañado, leyendo sólo la parte de la historia que más se amoldara a sus ideas, a su tradición, a sus prejuicios?

Con esta obra dejamos de vernos en el espejo de San Camilo, únicamente de perfil. Fernando no quiere que sigamos de perfil, al proponernos una visión panorámica, mucho más amplia y rica, y desde las distintas perspectivas ideológicas.

Escribo hoy en «ES Diari» que en nuestra Isla, los relatos sobre la Guerra Civil española transitan entre «Menorca liberada» que en 1941 escribió José Cavaller Píris y el «Libre d'exilis» que este año ha publicado Josep Portella. Los menorquines del bando nacional sufrieron durante la guerra primero y en la posguerra, a partir de febrero de 1939, los del bando republicano.

En los libros hoy publicados se condensan las historias de la Historia de la Guerra Civil en Menorca, pero aún nos sigue faltando un relato entero y global de lo que

sucedió en la balear menor a partir de julio de 1936 y las repercusiones de la guerra tras la rendición de la Isla republicana a bordo del crucero inglés «Devonshire» a espaldas del Gobierno de la Segunda República, en febrero de 1939, cuando el final de la contienda ya era inminente.

Ojalá Fernando Calvo -aunque se confiese aburrido de la temática guerracivilista- acepte y asuma la redacción de este 'libro de libros' de la Guerra Civil en Menorca; una asignatura pendiente que se nos escurre entre los dedos porque apenas ya quedan testigos vivos; en la línea de «Guerra civil española. Los libros que nos la contaron», ensayo del que Luis Alberto de Cuenca ha escrito que «la Guerra Civil española tiene, a partir de ahora, una brújula en este tomo canónico, objetivo y riguroso».

Aquí tenemos este libro con las vivencias y los ecos de vencedores y vencidos, contextualizadas en cada momento. Según Fernando Sánchez Dragó, «todo el mundo debería leerlo para entender un poco, o un mucho, lo que aquí sucedió entre el 18 de julio de 1936 y el 1 de abril de 1939», aunque, insisto, la guerra empezó antes y acabó después.

Acabo, y lo hago con una reflexión lúcida de Fernando Calvo: «La Guerra Civil fue, por encima de todo, nadie lo olvide, una guerra civil. El drama de toda una sociedad desgarrada por la más cruel de las desgracias que la historia puede depararle a un país. Una tragedia en la que hubo cientos de miles de muertos, familias partidas, destrozados sin fin y consecuencias que se han prolongado en el tiempo mucho más de lo que hubiera sido razonable. Un fracaso de la convivencia, una auténtica desmesura, un monumento a lo peor que somos capaces de hacer como país, una perenne lección negativa en la que mirarnos cuando el genio español vuelva a enfurecerse con la intolerancia y con el odio y el apetito de la destrucción».

Un drama que exige justicia, que reclama piedad y reconciliación. Porque para que una guerra como esta no vuelva a repetirse debe ser recordada, eso es, conocida y estudiada con rigor y sin odio, como ha hecho Fernando Calvo. Porque la Guerra Civil de 1936 a 1939 pudo haber sido evitada, pero imperó el afán del enfrentamiento, la intolerancia, el rencor, la inquina, la ira y el encono, que triunfaron sobre la libre expresión de ideas, el afecto, el diálogo, el respeto, la tolerancia y el convencimiento de que, como dijo Voltaire:

«No comparto tu opinión, pero daría mi vida por defender tu derecho a expresarla».

Afortunadamente, hoy, más de ochenta años después, en esta España las libertades y los derechos, en este foro que es el Ateneu de Mahón, podemos debatir desde distintas ideologías sin afán de enfrentamiento, apelando a Cicerón, «historia est magistra vitae».

(*) Intervención pronunciada en la presentación de «Guerra Civil española. Los libros que nos la contaron», de Fernando Calvo. Ateneu de Maó, 19 de abril de 2018.

LES COSES SENZILLES

SALVE



Pau Faner
Escriptor

Salve costa de Bretaña, donde nací, hoy dejando tierra extraña vuelvo hacia ti», canta Beltrán en «La tempestad», zarzuela de Ramos Carrión y Ruperto Chapí. Lo he recordado porque acabo de regresar de un viaje en autocar por Bretaña y Normandía, que salía de París y tras siete días de tour regresaba a París. No era el más joven-cito de los integrantes del tour, pero casi, y eso que ya tengo un número de años considerable y erótico: sesenta y nueve. He estado a punto de titular este artículo como «Un, dos, tres», porque un camarero de Saint-Malo me dijo que primero era Saint-Malo, después Bretaña y después Francia. Cuando le pregunté qué venía después de Francia me dijo: «Nada, ahí se acaba». Entonces ya me había fijado que los lugares públicos estaban en dos lenguas, primero francés y luego bretón. Eso me llevó a recordar los nuestros, que están a la inversa, primero catalán y luego español. Claro que aquí algunos niegan que hablemos un dialecto del catalán, y esa es otra.

Les puedo adelantar que las mareas y el Mont Saint-Michel son algo digno de ver, aunque se pelen de frío en plena primavera. También puedo asegurar que tenemos mucho que aprender de los franceses en el terreno turístico; cuidan el negocio -léase el entorno- y venden hasta el aire de París; trajes de corsario, luces de la tour Eiffel, quesos a mansalva, monedas conmemorativas del desembarco en las playas de Normandía, chatarra de la Segunda Guerra Mundial, canciones melodiosas cantadas por intérpretes que nunca pasan de moda, recuerdos de escritores como Chateaubriand o Saint-Exupéry, etc. A uno le entran ganas de expresarse en francés para ver cómo ocurre lo contrario de aquí, donde nunca eres nada ni nadie y todos los días vuelves a empezar. Otra cosa que deberíamos aprender es a subir los precios, pero debería ser una subida acorde con la calidad de los servicios. Sin embargo, nunca entenderé que el precio de ciertos hoteles de París sea de diecisiete mil euros la noche, o que el menú del restaurante situado en la cumbre de la torre Eiffel sea de cuatrocientos euros, amén de lo prohibitivo de la minuta en La tour d'argent, el restaurante más antiguo de París, y de que después de degustar los platos de la nouvelle cuisine uno se quede con hambre. Pero dense el gustazo de descubrir cómo Francia ha impuesto la unidad de la lengua y el centralismo político después de regalar al mundo la primera revolución de la era moderna y el primer emperador coronado a sí mismo, alias Napoleón.